

SERMON VIGÉSIMO CUARTO.

De la caridad de apostolado producida en el alma por la doctrina católica.

La tercera virtud reservada por Dios á la doctrina católica, es la caridad. La caridad, tomada en su sentido mas general, es el don de sí mismo. Cuando se dirige á Dios, es el don de sí á Dios; cuando se dirige al hombre, es el don de sí á la humanidad. No es hoy mi intento tratar de la caridad hácia Dios, sino solamente de la caridad hácia el hombre; y aun bajo este concepto, la declaro reservada á la doctrina católica, no en el sentido de que no haga jamás donacion de sí el hombre abandonado al impulso de la naturaleza, pues esto lo niego, porque él se da á su familia, á sus amigos, á su patria, él se da en fin con cierta medida. Porque si Dios no le hubiera permitido el poder darse á sí mismo, fuera de toda doctrina divina, no subsistiría un solo momento la humanidad. Pero aunque este elemento sea de primera necesidad para la vida humana, no obstante, para que el triunfo de la doctrina divina se asegurase hasta aquí, Dios reservó la expansion y la donacion total del hombre á la accion de su doctrina sobre las almas.

El hombre es un sér complejo, y tiene mucho que dar; por consiguiente, yo no puedo abrazar de un golpe esta historia de la donacion de sí. Este es un embarazo para el orador, pero un embarazo de que tiene derecho y deber de felicitarse, porque honra la grandeza de sus semejantes.

El hombre puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento, en tanto que es vida exterior, y por consiguiente la caridad abraza el don de sí bajo este triple punto de vista. En tanto que el hombre es inteligencia, es una doctrina; y el don de sí bajo este respecto, no es otra cosa que el don de la doctrina que hace la vida de nuestro espíritu. Pues bien, yo digo que la caridad de la doctrina, que el don de sí mismo, en cuanto á doctrina, es una virtud reservada á la doctrina católica. Digo que la doctrina católica es la primera que haya amado la humanidad, la única aun hoy dia que

ama la humanidad, que busca á la humanidad, que se da á la humanidad, que se entrega á la humanidad. Digo que fuera de ella, á pesar del orgullo que impulsa á los inventores de doctrinas á difundir y á hacer adorar sus pensamientos, son condenados á una expansion pobre, estéril y sin adhesion en el seno de la humanidad. La doctrina católica es la primera y la única que se halla dotada de fuerza de donacion; ella inspira la primera y la única al hombre el don de sí, en cuanto á la inteligencia y á la verdad. Hé aquí lo que voy á exponeros, si Dios quiere.

Que el hombre dé sus bienes, la tierra que tiene bajo sus plantas, es mucho; y no obstante este don es de una cosa que le es extraña. Que dé su corazon, es mas; pero este corazon, por precioso que sea, es el don de una cosa mudable y mortal, y vendrá tiempo en que no podrá hacer ya el movimiento que es necesario para darse. Pues bien, hay en el hombre algo que, estando en él mismo, es mas que él, que no pasa, ni cambia, ni muere; ¿qué digo? que es mas que inmortal, que es eterno. Porque, Leibnitz lo ha dicho, el hombre es un compuesto de tiempo y de eternidad, y la eternidad entra en su composicion por la verdad. La verdad, hija de la eternidad y eterna ella misma, ha caido en el tiempo cayendo en la inteligencia del hombre; y expuesta por esta cohabitacion á sufrir con nuestra naturaleza, nos comunica tambien los derechos de la suya. Mientras todo se altera en nosotros, aun los sentimientos del corazon y las facultades del alma, la verdad conserva su inimitable vida, y al darla á los otros, les damos algo que nos sobrevive, que sobrevive á toda muerte, que florece en los sepulcros, que se adorna con los siglos como con gracias que sobrevienen á la juventud de su eternidad.

Por esto, Señores, el don de esta parte de nosotros mismos es el don de sí por excelencia, y la caridad de la doctrina es la primera caridad. Caridad tanto mas necesaria, cuanto que el hombre no ama la verdad, que desconoce su bondad y le opone constantemente la inercia de la ignorancia y la actividad del error. Semejante á un enfermo que rehusa ó desnaturaliza el régimen de vida, la humanidad, este grande enfermo, rehace con mano perseverante el brevaie eterno de la verdad que Dios le envía del cielo. Y esto consiste en que es preciso á la doctrina, no solamente la voluntad de darse, sino el amor, el valor, la paciencia, el heroismo del don llevado hasta el martirio.

Y si existe verdaderamente una doctrina divina, si ha hablado

Dios á los hombres, ¿no conocéis que la caridad de esta doctrina, procedente de Dios, debe ser incomparable? Porque si Dios ha dado su Verbo al mundo, como es claro que solo lo ha dado por amor, ha debido poner en el fondo de esto Verbo destinado al género humano, un arte, un afecto, una fuerza de donacion que no supiese imitar ninguna otra doctrina, y que hiciese que á su presencia fuera toda donacion doctrinal lánguida, inerte, muerta; debió querer que el verbo humano no fuese mas que un torrente agotado, mientras que el Verbo divino, palpitando de amor y de vida corria de orilla en orilla hácia la humanidad, como las olas de todas las fuentes, de todos los rios, divididas, pero unidas, corren sin detenerse á la superficie y á las entrañas de la tierra para vivificarla.

Quiero esforzarme en demostraros que es así: que toda doctrina humana, en el punto de vista de la expansion, no es mas que un cadáver; y que al contrario la doctrina católica, bajo este concepto, es una doctrina viva, que es perpetuamente para la humanidad lo que para su esposo una jóven vírgen que llega al altar, y pronuncia en él sus primeros y placenteros juramentos.

Comencemos la comparacion por la antigüedad.

La China, la Prusia, el Egipto, la Grecia y Roma, hé aquí, si no me engaño, toda la antigüedad. Pues bien, en esta antigüedad múltiple, vasta, larga, sembrada de acontecimientos, en que tantos pueblos han representado un papel conocido de todos, ¿habeis sentido jamás la palpitacion de la doctrina? ¿habeis encontrado el apostolado, y un apostolado que tuviese por objeto el género humano?

¿Qué hace la China por la verdad? ¿Qué naves ha lanzado hácia el mundo para llevar allí una palabra en nombre del hombre y en nombre de Dios? ¿Dónde están sus mandarines? ¿Quién los ha encontrado fuera de su país? ¿Quién los ha oído? ¿En qué parte se encuentra el testimonio de su sangre? Preciso ha sido para conocerlos enviarles, de los confines de la tierra, hombres á quienes ha rechazado su orgullo, rehusando sus oidos al género humano, despues de haberle rehusado sus labios, igualmente incapaces de instruir y de ser instruidos.

¿Qué ha hecho la India por la verdad? Plegada y replegada en las envolturas de sus castas, ha hecho como un niño que grita con bastante fuerza para que le oiga su nodriza. Yo oigo su voz entre el Imaús y el mar, y aun de la otra parte, pero siempre en un círculo reducido; sus bramas, sus filósofos, sus cismas y sus herejías, cé-

lebres porque los estudiamos nosotros, no le han creado mas que un movimiento local, cuya gloria y efectos han sido inferiores á su mismo ruido.

La Persia, con su Zoroástrés, no ha hecho mas ni menos. En cuanto al Egipto, antiguo santuario, tierra célebre entre todas, cuando penetró en él en busca de la ciencia contemporánea, ¿qué es lo que encuentro? momias en subterráneos, pirámides que ocultan un polvo sin nombre, esfinges al lado de los templos, geroglíficos misteriosos; por todas partes el secreto, tanto en el fondo de los monumentos mas gigantescos como en el de los sepuleros. Este pueblo tenia temor de hablar, y cuando muere un sabio despues de haber descifrado tres líneas de sus escritos, muere famoso.

Pero hé aquí á la Grecia: al menos esta hablará, el mundo oirá su voz. ¿No es patria de Homero, de Hesíodo, de Orfeo, de Eurípides y de tantos otros? ¿No le ha dado la musa, como ha dicho un poeta, genio y elocuencia? Es verdad, su lenguaje y su pluma han sido célebres. Aun sacamos de ella mármoles elegantes; vamos á medir los frontispicios de sus templos; traemos á nuestros museos las piedras que ha tocado con sus dedos inspirados; nos persigue su memoria; y no obstante, con dones tan raros y con tan inmortal resultado, ¿qué ha hecho por la verdad? ¿dónde están las huellas de su apostolado? ¿dónde sus misioneros y sus mártires? ¡Ella nombra á Sócrates; esta es su obra maestra, Sócrates, que asegura que hay un Dios á sus discípulos mas queridos, y que muere legándoles por último suspiro un sacrificio á los falsos dioses!

Hé aquí toda la historia de la expansion de las doctrinas en la antigüedad, inclusa en ella Roma, que no tuvo de universal mas que su ambicion. Esta historia es corta, y no os admireis: el error y la verdad no necesitan mas que de una mirada para ser reconocidos; Dios ha dado su signo á uno y otra, y Dios, mejor que Tácito, lo compendia todo.

Habeis visto la muerte; ¿quereis ver la vida? Habeis visto el egoísmo; ¿quereis ver la caridad? Jesucristo va á abandonar á sus discípulos y al mundo; va á decirles su última palabra, su testamento supremo. Oigámosle, tambien es breve: *Id y enseñad á todas las naciones*. Id, no esperéis á la humanidad, pero marchad delante de ella; enseñad, no como filósofo que discute y que demuestra, sino como la autoridad que se fija y se afirma: hablad, no á un pueblo, no á una region, no á un siglo, sino á los cuatro vientos del cielo y del porvenir, sino hasta á las extremidades mas remotas del

tiempo y del espacio; y á medida que la osadía ó la felicidad del hombre descubran tierras nuevas, marchad tan ligeros como su valor y su fortuna, y que se halle por todas partes do quiera la primera y la última la doctrina de que sois heraldos. ¡Qué testamento, Señores! Solo son tres palabras, pero ningun hombre las habia dicho. Buscadlas por donde querais, jamás encontraréis estas tres palabras: *Id y enseñad á todas las naciones*. Solo un hombre las ha dicho, no habia mas que un hombre que pudiera decirlas, un hombre seguro de la eficacia de la palabra. Porque vosotros comprendéis bien que cuando se muere queriendo dejar alguna cosa despues de sí, se meditan las órdenes finales, y no se dan aquellas que el suceso puede convencer de falacia ó de vanidad. Una palabra tan absoluta como esta: *Id y enseñad á todas las naciones*, supone una certeza sin límites, la vista de un profeta que, próximo á ocultarse, mira sobre su tumba á la humanidad por siempre atenta y obediente. Pues bien, esta palabra ha sido pronunciada por Jesucristo: él la ha dicho el primero, él la ha dicho el último; él solo le ha dicho. No obstante, convengo en ello, no es aun mas que una palabra; necesario es ver si ha correspondido á ella su cumplimiento.

Poco tiempo despues que fué pronunciada, tuvo lugar en el universo un fenómeno singular. El universo, esa cosa que huye y que permanece, que llora y que rie, que hace la paz y la guerra, que derriba y que consagra á los reyes, que se agita sin saber de dónde viene ni adónde va; este caos, en fin, escucha con estupor un ruido de que no tenia idea, y que no se discierne bien. Así como en la noche, cuando todo está tranquilo y se oye al rededor un sér que marcha, el universo oye por la primera vez una palabra que vive, que se mueve, que está en Jerusalem, en Antioquía, en Corinto, en Éfeso, en Atenas, en Alejandría, en Roma, en las Galias, del Danubio al Eufrates y mas allá; una palabra que ha ido mas lejos que Craso y sus batallones, mas lejos que César; que se dirige á los Scitas como á los Griegos; que no conoce extranjeros ni enemigos; una palabra que no se vende, que no se compra, que no tiene temor ni orgullo; una palabra sencilla que dice: Yo soy la verdad, y no hay otra mas que yo. S. Pablo ha aparecido ya en el Areopago, y admirado con su novedad á esos investigadores seculares de novedades; ellos han creado una palabra para pintar su sorpresa, palabra feliz, y que caracteriza el fenómeno cuyo poder principia á sospechar el universo: *¿Qué nos quiere, dicen, este sembrador de palabras?* estos filósofos habian visto disertar, dividir, analizar, demostrar,

hacer su fortuna y su gloria con la retórica y la filosofía; no habian visto aun sembrar la verdad en el género humano como un grano eficaz que germina á su tiempo, y no necesita sino de su propia naturaleza para florecer y fructificar.

El oráculo estaba cumplido. El imperio romano no podia ya disimular la aparicion de una nueva realidad que no procedia de él, que se habia instalado en él y con él, y que ya se extendia mas lejos que él. Se consultó sobre esto. Los políticos, las gentes que ven de alto y de lejos, que saben los destinos de los pueblos y que les han marcado sus siglos y su cuarto de hora, todos se reunieron en el Palatino, ante el César, para tratar de ver qué era aquello que sin permiso del prefecto del Pretorio se atrevia á correr de la India á la Iberia, hasta á los lugares adonde no llegaban las órdenes del César. Seamos justos, ellos conocieron muy bien su fuerza y su debilidad; conocieron que la humanidad no poseia ninguna palabra capaz de luchar con la palabra que se revelaba, y no tuvieron mas que la eleccion de aceptarla como un hecho que habia entrado en los destinos del género humano, ó ensayar contra ella, desesperando de su causa, el poder del verdugo. Y eligieron este último partido; porque para adoptar el otro era necesario mas genio, necesitaban la humildad. Los Césares no se jactaban de ella, y esperaban de la fuerza lo que no esperaban de la sabia doctrina, reunida hacia cuarenta años en los grandes vasos de la humanidad. No se trataba ya para la doctrina católica de darse por la simple efusion de la enseñanza: el imperio se levantó para ahogar el Verbo en la garganta del apostolado. Preciso era callar ó morir; preciso era morir creyendo que la sangre habla mejor que la palabra en favor de la verdad. Presentábase tambien una cuestion previa: ¿era preciso amar á la humanidad ingrata y homicida hasta morir por ella? ¿No podia retirarse de ella, y apacibles poseedores de la verdad para sí dejar al mundo donde se hallaba?

Pero la verdad es caridad, y la caridad no es el don de sí á sus amigos, á sus parientes y á sus conciudadanos; es el don de sí á los extraños, á los enemigos, á todos sin distincion. El Evangelio habia previsto el caso proveyéndole, y habia dicho: *Bienaventurados aquellos que sufren persecucion por la justicia*. Y habia añadido: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; rogad por los que os persiguen y os calumnian, y así seréis hijos de vuestro Padre, que está en el cielo, el cual hace lucir el sol sobre los*

buenos y los malos (1). Y en cuanto á la eficacia de la sangre derramada en testimonio de la verdad, Cristo se la habia dado. ¿No convirtió al Centurion que guardaba su suplicio en el momento supremo y con su postrer suspiro? y despues de su muerte, ¿no hizo la lanzada que hirió su costado un creyente y un santo del soldado parricida? Avisos eran estos filosóficos, eran la fraternidad del apostolado y del martirio elocuentemente revelada. Fieles fueron á ellos, cuando el imperio pidió á los apóstoles su sangre, para ahogar su palabra; sabian estos que la sangre es la palabra en su mayor potestad, y morian para hablar mejor muertos que vivos. Fué casi una ley, que ningun país subia á Dios sino regado con la sangre de los mártires.

Ahora, Señores, mi tarea es sobrado fácil: no perdamos tiempo en fáciles enumeraciones. El imperio romano se hizo cristiano por el apostolado: los Bárbaros lo fueron tambien por la misma vía. Y cuando se abrió un nuevo mundo á Vasco de Gama y á Cristóbal Colón, se precipitaron en pos de ellos millares de misioneros. La India, la China, el Japon, islas y reinos sin número, fueron evangelizados. Desde los lagos del Canadá á las riberas del Paraguay, fué visitada la América por la palabra de Cristo; ella habitó en las florestas, en los rios, en las concavidades de las rocas; sedujo al Caribe y al Iroqués; amó y fué amada con un amor único por mil razas perdidas en aquellos vastos continentes. Y aun hoy día, á pesar de las desgracias que le han diezrado en Europa, y que parecian haber agotado la leche de sus pechos, prosigue la obra lejana de su propagacion. La Oceanía, mundo esparcido en el mar, recibe en los arrecifes de sus islotes la doctrina que ha convertido á los grandes países; reflorecen las antiguas misiones, comienzan otras nuevas, y corre aun la sangre por la verdad, como en tiempo de Galerio y de Diocleciano. A la vista teneis este espectáculo, Señores; la caridad de la doctrina católica no es antigüedad de museo, vive entre vosotros, sale de vosotros; vuestros hermanos de patria y de familia llenan en el momento en que os hablo con sus voces y sus virtudes todos los puntos del globo. Los *Anales de la Propagacion de la Fe* siguen á las *Cartas edificantes y curiosas*, estas á las leyendas de la edad média, y las leyendas á los Actos de los apóstoles. Cada día son encarcelados los hombres por la misma causa, atormentados, despedazados,

(1) S. Marcos, cap. 5, vers. 44 y 45.

mueren de calor, de hambre, de sed, de olvido de todo el mundo, pero inalterables y contentos, porque han sido escogidos para cumplir el testamento de Jesucristo: *Id y enseñad á todas las naciones*.

No necesito insistir mas: es sobrado claro que la doctrina católica ha sido la primera que inclinó al hombre á la donacion de sí en cuanto á la inteligencia, la primera en quien fué la verdad caridad. Y añado que aun hoy día posee sola este privilegio, que ha llegado á ser mas notable en el mundo nuevo que en el mundo antiguo. Porque en otro tiempo se podia pensar que el secreto del apostolado no era revelado; pero hoy que está manifesto, su posesion reservada siempre á la doctrina católica, con exclusion de toda otra, es seguramente un fenómeno tan curioso como demostrativo.

Vuelvo á mi division del otro día. Solo hay tres grandes doctrinas, decia, que hayan intentado disputar el terreno á la doctrina católica: el mahometismo, el protestantismo y el racionalismo. Y ahora añado el cisma griego.

El mahometismo, que vino seiscientos años despues de Jesucristo, vió la doctrina católica en toda la magnificencia de su proselitismo expansivo. Era un hecho subsistente, un hecho de que era testigo el mismo Mahoma en persona. Mahoma, apareciendo como fundador, debia pronunciar el *fiat* de la fundacion; debia decir tambien: *Id y enseñad á todas las naciones*. Y en efecto, Señores, debemos hacerle justicia; pronunció este *fiat* en cuanto es dado pronunciarlo al hombre. Este *fiat* de la donacion doctrinal, de la expansion de la verdad, osó pronunciarlo Mahoma, pero con una variacion que revela al punto al hombre en el lugar de Dios. Mahoma dijo bien: *Id!* esto era mucho; pero oid lo que sigue: *Id y subyugad á todas las naciones*. Llama, no á la palabra sino á la cimitarra. ¿Y por qué? ¿Por qué no encontró este hombre doce apóstoles? ¿Por qué, no ya cuando se hallaba moribundo, sino en el prestigio de toda su dominacion, no osó confiar su verbo á verbos que debian seguir al suyo? ¡Ah! Señores, esto era genio. Mahoma, como los Césares, veia muy bien que muerto él pereceria su elocuencia; veia bien que muerto él se extinguiria el prestigio de su sol de águila, y que cuando se fuere á mirarle á su sepulcro, no se hallarian en las osamentas del cráneo mas que esas orbes inanimadas que no dicen nada, que no prometen nada á nadie. Sabia todo esto. No contaba con su sepulcro. Y esto tambien era tener genio y fuerza. Pero como por otra parte queria sobrevivirse, pesando en sus ardientes manos el porvenir del